

LXIII PREMIO DE NOVELA ATENEO CIUDAD DE VALLADOLID

LAS MUJERES
DE LA CALLE
LUNA

JAVIER LASHERAS

algaida



La novela *Las mujeres de la calle Luna*, de Javier Lasheras, resultó ganadora del LXIII Premio de Novela Ateneo Ciudad de Valladolid, que fue convocado por el Ateneo de Valladolid y patrocinado por el Excelentísimo Ayuntamiento de Valladolid.



Primera edición: 2017

© Javier Lasheras, 2017
© Algaida Editores, 2017
Avda. San Francisco Javier, 22
41018 Sevilla
Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54
e-mail: algaida@algaida.es
ISBN: 978-84-9067-756-8
Depósito legal: SE. 136-2017
Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE

<i>Gotas de lluvia,</i>	15
<i>el pudor y la herida</i>	109
<i>bajo la luna.</i>	275
Agradecimientos	417

A Pilar, mirándola

Esta novela narra una historia falsa,
pero cuenta otras que son verdad.
El resto es ficción.

NOTA DEL AUTOR

¡Yo soy la herida y el cuchillo!
¡Yo soy la bofetada y la mejilla!
¡Yo soy los miembros y la rueda,
Y la víctima y el verdugo!

CHARLES BAUDELAIRE

De «El heautontimorumenos», en
Las flores del mal

Mirando tu cuerpo desnudo
recuerdo el origen del mundo.

FÉLIX GRANDE

De «Rondó», en
Las Rubáiyátas de Horacio Martín

Y lleno de temor, añadió:
«¡Qué temible es este lugar!
Es nada menos que la casa de Dios
y la puerta del cielo».

GÉNESIS 28:17

Bienvenidos al caos, porque el orden
ha fracasado.

KARL KRAUS

Gotas de lluvia,

CONFUNDIÉNDOSE CON LOS SUEÑOS UN TODO-terreno avanzó en paralelo al cauce del río, giró a la derecha y atravesó el Pont Neuf hasta detenerse delante del paso de cebra. Allí parado, al ralentí, la luz del semáforo proyectó sobre las pupilas del conductor un haz de gotas rojas y brillantes, apareciendo y desapareciendo al ritmo del limpiaparabrisas. Desde lo alto, las nubes opulentas se concedieron una tregua, dejando que algunas gotas volanderas demorasen la llegada a su último destino. Pero como todo el mundo sabe lo importante no es la caída sino el aterrizaje, y al cabo esas gotas de lluvia fueron estrellándose contra la piel fría del asfalto. En pocas palabras, era una noche cruda de invierno, difícil incluso para los perros y los vagabundos más aguerridos.

El piloto, en un acto de aprendida desconfianza, echó una mirada al retrovisor. No vio nada: solo su ojo derecho, la ceja poblada y la sien escoltada por una antigua canicie, señal de familia. Pensó, durante esos dos o tres

segundos que uno tarda en resumir su vida ante un espejo, que aquella imagen era el retrato de nadie, «o de cualquiera», se apostilló, agregando a su innata serenidad una pincelada de compasión hacia aquel fragmento de sí mismo. En todo caso se miró como quien mira el aire, sin nada que ver en realidad. Y tras ojear esquivo la fisonomía de su recién conocido acompañante —un hombre joven que acababa de entrar en el habitáculo, bajo y anguloso como un yóquey—, concluyó, con un punto de burla, «bueno, de cualquiera menos de este».

Ninguno abrió la boca; las órdenes habían sido claras: tendrían disposición plena, se encontrarían en el lugar indicado y ejecutarían el encargo con la pulcra precisión de un relojero y un cirujano juntos. Una sería inconveniencia para el carácter inquieto del copiloto quien, presuroso, se abrochó el cinturón de seguridad y se frotó las manos enguantadas en un intento por sacudirse el temblor del frío y los nervios.

Cuando el disco cambió a verde el conductor ya estaba de nuevo enfrentado a la inclemencia de la lluvia. Pisó el acelerador, dobló hacia el muelle de Conti y se posicionó en el carril de la derecha, junto a la acera que bordea la orilla izquierda del Sena, en dirección hacia el muelle Anatole France. Había memorizado aquel trayecto hasta interiorizarlo con igual rutina pero mayor exactitud que un chófer de autobús: mil trescientos ochenta y cuatro metros desde el semáforo hasta llegar a la fachada lateral del edificio. Tres minutos en condiciones normales. Un dato ocioso pero fundamental para el traje metódico de quien había aceptado el encargo. Y sin embargo, tal vez la llamada y

la hora elegida le importaron ante el placer de un cuerpo nuevo, la lectura de un libro o el descanso de un sueño sin historia. Quién sabe, la vida áspera de algunos hombres permite un escaso margen para el aserto.

Solo importa que el 22 de febrero de 2002, a las cuatro y diez de la madrugada, y a una velocidad ya prevista, el vehículo viró a la izquierda, derribó la pequeña barandilla de protección peatonal y, arrollando la verja y las puertas de seguridad de la fachada situadas bajo los andamios alzados para la restauración del edificio, se adentró como un obús en la sala número 7 del Museo de Orsay.

El hombre que lo conducía se llamaba Vieira.

Sayed, su acompañante.

En la sala se exponían cuadros de Gustave Courbet.

DANGLADE SENTÍA QUE LE HUBIESEN CUBIERTO LOS párpados con plomo. Confuso, con los ojos entornados y unas ojeras cuarteadas como dos charcos antiguos y sedientos, sabía que debía fajarse con ese peso el resto de su vida, que nunca más volvería a izarlos para contemplar el mundo en todo su esplendor. Cada noche, desde hacía ocho años, instilaba sobre su lengua veinte gotas de benzodiazepina, procurándose una plácida inmersión en el sueño. Pero el hipnótico no siempre funcionaba y entonces nada aseguraba la calma de su herida: en su mente se iba agolpando una legión de imágenes inconexas hasta llegar a una obsesión que se manifestaba en un dolor indeterminado. Luego escuchaba los gritos aún vivos de esa cicatriz, los mismos que le habían alertado aquella noche ya lejana a la entrada de su casa y que resonaban en su interior como el eco de una lima alisando su cerebro; la sorpresa y la oscuridad, la consistencia de la pistola o quizá la punzada de una sospecha, eran

ahora las virutas de un recuerdo saliendo despedidas desde algún lugar remoto de su memoria. Y por último, le sobrevinía una hueca explosión de violencia: una silueta, los disparos y el cuerpo sin vida de su mujer. En la rutina de su insomnio, toda esa secuencia parecía retornar con la exactitud de un reloj atómico encargado de mostrarle la imposibilidad del olvido. Eran las tres de la madrugada y apenas había conseguido dormir un par de horas. Se levantó de la cama tal si fuese un elefante viejo. Fue al baño y orinó.

Desde aquel suceso su cuerpo se fue transformando hasta alcanzar una laxitud que evidenciaba la decadencia de sus costumbres. Se había abandonado a una dieta en la que el alcohol solía sustituir a los alimentos y estos, cuando se acercaba a ellos, no eran los más saludables. Abrió el grifo, mojó las manos y se echó agua en la cara. Las enjabonó y mientras las frotaba se miró en el espejo; más allá del claroscuro de su rostro, advirtió y admitió sin repulsa alguna un defecto moral: la mella del tiempo había dinamitado toda señal de esperanza, esa palabra, malogrando cualquier signo de autoestima y voluntad. No en vano era consciente de padecer una enfermedad que había dejado crecer hasta convertirse en crónica y, a fuerza de convivir con ella, en malditamente imprescindible.

En ese instante sintió una pulsión que le llevó a pensar en Christine, su única amiga, una pelirroja de ojos azules y cuerpo menudo pero compacto que ella misma moldeaba contra el declive de su medio siglo con una dieta espartana y horas en el gimnasio. Cada dos semanas, y desde hacía ya casi tres años, Orazio Danglede iba a visi-

tarla a Lyon. Christine tenía su propio negocio, una clínica estética cuyos servicios también se ofrecían a los clientes de un hotel de lujo. Había enviudado muy joven y ejercía ese trabajo más por necesidad que por vocación. Quizás en aquel tiempo medrase con la ayuda de su cuerpo, pero quién puede saberlo: hay mujeres que guardan un secreto incluso después de muertas. Ahora era una estimada profesional.

Ambos se citaban para cenar, con frecuencia en un restaurante corso. Y de sobremesa a Christine no le importaba que Orazio le contara, una y otra vez, sus recuerdos en Porticcio, cerca de Ajaccio, su pueblo natal; porque, a pesar de que la cordura de la madurez suela arrumbar el corazón de la infancia, en su paladar no habían arraigado en exceso los sabores del continente y, al fin, el influjo evocador de aquel vino del terruño le impregnaba la lengua de nostalgia.

Más tarde se iban a su apartamento y apostados en el sofá como dos cónyuges de alquiler, él tomaba una copa de armañac y compartían un cigarrillo de marihuana que ella liaba indolente. En las primeras citas, Christine fabricaba los cilindros con la importancia de un ritual, pero este se fue deshinchando hasta reposar en la meseta de la costumbre. Ungidos por el cáñamo, primero follaban y luego dejaban que sus neuronas encontraran el plácido desagüe del sueño. A la mañana siguiente, después de ese encuentro más terapéutico que feliz y embotado de alcohol y yerba, el comisario Orazio Danglede tomaba el tren de vuelta a París. Su amante, si se despertaba al mismo tiempo, solo era para atrapar el calor del cuerpo ausente y, tras

el frustró, seguir durmiendo esencial y satisfecha como una gata en su tejado.

Sintió sed y en la cocina bebió con avidez un vaso de agua. Luego, sabor del placer de las pequeñas cosas, medio más. Regresó a la habitación y se arropó con un viejo chándal de la selección nacional de fútbol que su hija Claire le había regalado cuando cumplió 50 años. Por entonces su mujer aún vivía. Danglade tenía dos aficiones: la música y los haikus. Dos líneas de fuga que le servirían para aliviar el peso de su existencia. Le gustaba una música acorde con la naturaleza abisal de su desgarramiento, ajena a cualquier canon acostumbrado de belleza, una compañera leal en su caída y, a ser posible, cuyo único instrumento fuera el piano. Un piano que irrumpiera en los niveles hondos de la conciencia, desprovisto del *pathos* del compositor y hasta del intérprete. No deseaba sentirse bien, ni compadecerse con ella. Tan solo una melodía al compás de la deriva de su alma: el *Für Alina* de Arvo Pärt, un John Cage, un La Monte Young, algo de Michael Nyman tal vez.

Los haikus eran otro asunto. Orazio Danglade tenía ya más de un centenar de libros esparcidos por su apartamento, de los cuales la mayor parte había sido de su mujer. Era lo único que le quedaba de ella. O mejor dicho, aquello que nunca conoció de Emma, esa cara oculta que a veces nos sustraen con un celo de coleccionista las personas más queridas.

Danglade solía recordar el duelo posterior al entierro, extrañado y extranjero en su propio domicilio, escrutando la ausencia de Emma, visitando los objetos y espacios

comunes convertidos con la rapidez de las horas en panteones privados de la memoria. Había fijado su mirada en un libro amontonado sobre la mesita de noche. Se titulaba *Haïku érotiques*. Lo abrió, echó un vistazo y leyó unas líneas al azar. No comprendió nada. De hecho, ocho años después de aquel suceso todavía no entendía bien los haïkus que leía con frecuencia y, por supuesto, nada sabía del enigmático Yvan que firmaba la dedicatoria en la página de cortesía de ese volumen:

*Para Emma, mientras subo
los peldaños de tus piernas.*

La deslealtad fue dolorosa, inconsolable, pero más hiriente resultó la ignorancia: ¿Yvan? ¿Quién era Yvan?

No, no comprendía el despojamiento japonés de los haïkus, ese misterio raro y perfecto que tras diecisiete sílabas destilaba tanto un silencio exacto como la indescifrable ceremonia de un universo costumbrista. Sin embargo, en ocasiones creía encontrar en ellos los caminos de la intemperie, del margen y la errancia. Y por eso le atraían. Por eso y porque leyéndolos creía seguir en contacto con Emma a través de un cordón espiritual, aún más cierto por invisible: la liturgia literaria de una pequeña religión privada. Pero, ¿cómo era posible que, después de tantos años compartidos, desconociera los libros que a ella le gustaban?

Orazio Danglede leyó tumbado sobre el sofá algunos haïkus de un ejemplar nuevo. Volvió a la cama y se quedó mirando las composiciones rectangulares que la

luz de la calle imprimía en el techo de la habitación tras filtrarse por las rendijas de la persiana. A veces, obsesionado, creía ver en esas figuras geométricas haikus de luz, mensajes incomprensibles procedentes del tiempo y el espacio y, en su deriva insomne, también desde otras dimensiones alucinadas. Luego pensó en su hija. «No eres más que un pobre hombre», le espetó el día que lo abandonó a su suerte tras el entierro de su mujer. Llevaba esas siete palabras marcadas a hierro y fuego en su cerebro como si fueran la divisa de su derrota: «No eres más que un pobre hombre». Palabras que a fuerza de repetírselas, y en un intento por comprender la razón última de aquella daga filial, había terminado por apuntar en la agenda de cada día.

Los minutos del insomnio fueron pasando insobornables ante la súplica de un sueño que no llegaba y a las cinco y cuarto una llamada en el móvil le salvó de aquel suplicio.

—Comisario, tenemos otro fiambre en el Puerto de Bercy. Una mujer —le informó la teniente Bouvard. Un resorte automático le animó a la acción: el caso que le habían encargado hacía mes y medio, con dos mujeres asesinadas, tres con la actual, era la excusa perfecta para mantenerse alejado de su pesadumbre.

Cuando llegó, Yvette Bouvard le persiguió la oreja.

—Valeria Petrovska, veinticinco años, ucraniana de Kiev, ilegal, y me juego la cabeza que prostituta, quizás en Saint Denis, aunque por extraño que parezca lleva consigo el pasaporte; la ha encontrado un operario de limpieza. Sobre las cuatro. Está ahí. Ya he hablado con él y...

—Ya, ya, muriendo y aprendiendo —le interrumpió el comisario al tiempo que alzaba la mano en un ademán al que la teniente Bouvard ya se había acostumbrado. Ella conocía bien ese gesto y el cortante pero extraño sentido que en boca de Danglade adquirirían esas palabras que a veces pronunciaba sin venir a cuento: algo así como «ya sé que solo somos unos aprendices, que siempre estamos aprendiendo, pero ahora cállese, por favor». «Muriendo y aprendiendo», solía repetir el comisario como si fuese el lema íntimo de su casa. Era una frase heredada de su abuela, resignada con los horrores a los que sobrevivió durante su larga existencia. La abuela Louise murió a los noventa y nueve años, el 9 de noviembre de 1989, justo el día en que el muro de Berlín se vino abajo. Había perdido a sus padres durante la Gran Guerra, y a su marido y un hijo en la Segunda. Y siempre que contaba sus recuerdos a Orazio, los remataba con un triste pero consolador «muriendo y aprendiendo». Para el comisario Danglade esas tres palabras resumían a la perfección tanto su propia vida como la historia y el pensamiento de la humanidad, un mantra en bucle que vagaba desde el pasado hacia el futuro a través de los espacios impredecibles que surcaba.

Después de que los de la científica buscaran pruebas y fotografiaran la escena y el cadáver, Danglade se detuvo ante el cuerpo de Valeria Petrovska. Estaba tendida en el suelo, en decúbito prono, empapada por la lluvia que caía tenaz e iluminada por la luz brutal del dispositivo, con un adhesivo en la boca y un mechón de su cabello cruzándole la cara. El ojo derecho cerrado y el izquierdo

a medio abrir daban a su rostro la expresión de una corista maltratada o el de una de esas muñecas de juguete que acaban en la basura, grotesca y tullida, sin un ojo, un brazo o una pierna.

Un abrigo de paño almagre oscuro cubría su cuerpo de cintura hacia arriba. Hacia abajo, sus medias estaban destrozadas y un delta de sangre se iba desdibujando desde el pubis hacia las piernas, desapareciendo bajo las botas blancas de charol. Además, dos orificios de bala; uno en la espalda, a la altura de la última vértebra del costado izquierdo, y otro en la nuca. Algunos de aquellos detalles se parecían como gotas de agua a los dos crímenes anteriores y el comisario Dangle se reafirmó en que la autoría correspondía a una misma mano ejecutora. Sin embargo, carecía de pruebas siquiera indiciarias que le hicieran sospechar de alguien.

De momento había que esperar la llegada del informe de los técnicos forenses. Bouvard le confirmó que nadie había reclamado su desaparición y Orazio sabía que, en estos casos, era un milagro que eso ocurriera. Desde la caída del muro las mafias habían creado un río con un sinfín de afluentes subterráneos por los que navegar inmundos a lo largo de toda Europa. Un río invisible pero caudaloso por donde el tráfico de mujeres circulaba franco y en silencio sin otra ley ni bandera que el maldito dinero.